



## ¿DEBE ISRAEL NEGOCIAR CON HAMÁS?

**Antonio Hermosa Andújar**  
(Universidad de Sevilla)

La cosa parece resuelta, pues la dirigencia israelí ni se la plantea. Pero aunque la cuestión ni se plantee, el problema sigue allí, pues una negociación entre Israel y Hamás es sólo una de las vías hacia la solución del contencioso palestino/israelí, pero de ningún modo es el problema. La realidad, se sabe, no sólo es más terca, sino más tosca y más cruel, como el último río de sangre y de dolor ha vuelto a enfatizar. Y la realidad vuelve a declarar nulo todo intento de arreglo del contencioso recurriendo a la violencia, que sólo renueva una rabia y un odio que de tan extremos parecen milenarios, *naturales*, y que en su movimiento espiral sólo conduce a dar palos de ciego en el interior del callejón sin salida en el que se halla desde hace al menos veinticinco años –es decir, desde la fundación de Hamás-, del que sólo una tercera intifada, o una guerra, la pueden sacar. Es decir: la realidad apuesta por la negociación.

¿Debe pues Israel negociar con Hamás? Desde luego, hay un sencillo pero abisal límite en todo trato, y es la voluntad de uno que no quiere tratar, y no cabe hallar mejor justificación para una actitud tan reluctante y, en apariencia, poco *democrática*, que estar ante alguien cuya presencia vanifica los más sencillos rituales civilizatorios, como un apretón de manos, la fugaz sonrisa que deshiela una situación tensa, ceder amablemente el paso tras la fotografía de rigor, etc.; alguien en cuyos ojos sólo ves el odio puro de quien desea a todo trance tu destrucción y en sus labios aún escuchas las últimas palabras de glorificación y loa de la última masacre cometida en tu territorio. Pero la realidad, sobre todo si basada en la necesidad, es más obstinada que sagrados los principios de quien no desea tener al



enemigo enfrente, aun cuando sólo sea porque no le es posible confiar en él. Porque aquí, lo que en definitiva está en juego, es tanto la vida de numerosos israelíes cuanto, a la postre, la supervivencia del propio Estado de Israel. Va de suyo que cualquiera de los dos escenarios dejará una estela, que puede ser ingente, de muerte entre los palestinos.

Quizá sea factible en la situación actual llevar a cabo una representación en principio esperpéntica, como es la de negociar y no negociar con Hamás a la vez. Me explico: el pasado diciembre, a raíz de la conmemoración del vigésimo quinto aniversario de la fundación de Hamás, uno de sus dirigentes confesaba triunfalmente a un periodista occidental que su movimiento ya no tenía problemas de financiación, dado que numerosas almas generosas habían provisto al respecto (entre paréntesis, uno se pregunta, si es así, por qué entonces ha aumentado la pobreza en Gaza –hoy convertida en un gigantesco tugurio de miseria, fanatismo y violencia- al tiempo que su gobierno dispone de más fondos: ¿sólo culpa de Israel, como algunas organizaciones de derechos humanos inglesas afirman? ¿O quizá también de que la gente con cohetes se enriquece, acentúa servidumbres y mata pero no come? Hay aquí más de una coincidencia con la situación en Venezuela, donde ni con petróleo a más de cien dólares el barril ha dejado de aumentar la pobreza, al punto que no hay leche suficiente para los niños; o sea, que mientras uno escucha a Chávez decir que Colombia “es el Israel de Latinoamérica”, lo que ve es que su gobierno se parece cada día más al de Hamás).

Se conocen los nombres y apellidos de esas almas generosas, y que una de ellas, a día de hoy la principal junto con Irán, es Siria; como se conoce igualmente la generosidad que hay en su alma: si no me creen pregúntenle a un miembro cualquiera de las familias de cualquiera de los políticos asesinados en Líbano desde el magnicidio de Rafik Hariri; ya verán qué pronto se la confirman. La influencia determinante de Siria sobre Hamás es *vox populi*, pero si a alguien le



relajara aminorarla o desconocerla, la reciente declaración de un funcionario egipcio al diario israelí *Haaretz*, en la que sostiene que “toda la evidencia apunta al hecho de que Siria desea distraer la atención del Líbano y proyecta el foco sobre Gaza”, seguro que acabaría por ponerle de nuevo en forma. Es a Siria a la que dicho funcionario termina responsabilizando de la negativa de Hamás (y de la Yihad Islámica) a la oferta de Egipto de mediar en el alto el fuego entre Israel y ambos movimientos fundamentalistas palestinos.

De ahí que negociar con Siria es una forma de negociar y no negociar al tiempo con Hamás, y los acuerdos a los que pudieran llegarse con ella muy probablemente acabarían siendo reconocidos por el movimiento terrorista.

En el juego del aparente esperpento cabe un envite más. Israel podría estar tratando con Hamás sin hacerlo si retoma la hoja de ruta trazada en Annápolis y prosigue sus negociaciones con la Autoridad Palestina, pero renunciando a la burla del establecimiento de nuevas colonias en territorio palestino, una condición que la canciller alemana Angela Merkel, en declaración a la prensa tras la pasada entrevista con el primer ministro israelí Olmert, ha yuxtapuesto al cese el fuego sobre territorio israelí a la hora de hacer creíble a las partes en sus manifestaciones en pro de la paz en la región. Si a tales negociaciones se suman otras llevadas a cabo con países árabes partidarios de esta vía, la voluntad de Hamás no podría no sentir el peso de su coacción.

Ahora bien, con independencia de ambas ganancias, obtenidas de Hamás sin siquiera haber cruzado una mirada con los representantes de dicho movimiento en la mesa de negociaciones, Israel, creo, debe negociar con él. Lo que dice Siria, es cierto, *va a misa*, pero la negociación diferenciada con Hamás debe producirse incluso aunque su influencia se detuviera *a las puertas de la mezquita*; y lo mismo cabe decir tanto si el peso de la coacción, en el otro caso, es liviano o fuerte.



En primer lugar, porque la división intrapalestina, por el momento al menos, es tan real como la del conjunto del mundo árabe y musulmán, de la cual es metáfora. No sólo: según una información recogida en la web del semanario israelí *Aurora* en la mañana de hoy martes, por vez primera el líder de Hamás supera en popularidad al actual presidente de la Autoridad Palestina, cuyo prestigio ha caído en picado tras las últimas incursiones del ejército israelí en Gaza, una noticia que agudiza la escisión del gobierno y del pueblo palestinos. En ese caso, por importante que pueda ser el condicionamiento de los posibles acuerdos contraídos con la Autoridad Palestina, una parte importante de la población siempre se sentirá excluida de los mismos y el gobierno de Hamás no tendrá por qué considerarlos vinculantes.

En segundo lugar, porque quien no habla es como el cíclope de Eurípides, es decir, un ser desvinculado frente al otro de todo compromiso, ajeno por completo a cualquier límite impuesto por la razón o la moralidad. Deviene una voluntad totalmente *libre*, atento sólo a su objetivo –la destrucción de Israel-, ni siquiera a su conveniencia y su utilidad, sino sólo a ese fin estratégico, al que antepondrá, como en gran medida ha hecho hasta ahora, incluso la vida de sus seguidores. Se convierte, pues, en una bomba de tiempo, a la espera de la ocasión y las circunstancias favorables para estallar. Y eso, cuando se vive en el centro de la nada, en medio de la desesperación, llegará: antes y después llegará. Porque la miseria, el odio y el fanatismo, aun sin la profusión de armas existentes en la zona, conforman un amante tenaz de la violencia, y fuertemente imaginativo al relacionarse con ella.

Con todo, hablar con Hamás no puede ser para Israel lo mismo que hablar con Alemania, o incluso con Egipto o Arabia Saudí. Es decir: Israel, o bien la comunidad internacional, deben forzar a Hamás a hablar, al tiempo que se debe impedir que hablar sea la excusa del violento para ganar tiempo, el expediente



mediante el cual reforzarse. Se debe hablar, pero el primer acuerdo implícito en el hecho de hallarse juntos en una misma mesa, y preludio de la ulterior negociación, es el abandono de Hamás de su razón de ser, sin lo cual no hay trato posible. Y de ese hecho trascendental en el futuro de Oriente Medio la comunidad internacional debe ser notario y garante, a fin de sancionar con dureza el menor intento de regreso al *statu quo ante* y de deslegitimar al posible valedor del retorno a la barbarie.

Un acuerdo internacional de respeto y reconocimiento mutuos, en suma, debe preceder toda negociación. Sólo así las partes, condenadas por la historia y la geografía a convivir, se hallarán en grado de sentir en toda su dramática tensión la libre soledad del momento inaugural de un futuro no consagrado a la violencia, y de confiar en que se vislumbra la paz cuando se habla en su nombre, porque al hablar en un contexto así, como en los labios de los amantes de Federico García Lorca, al fin las circunstancias “devolverán la luz / que las palabras tienen”.